

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Jesús busca fruto espiritual –
Estudiamos el evangelio de Marcos (cap. 11:1-33)
(8 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



DÍA 1

MARCOS 10:32-34; 11:1a,9,10

Cuanto más se acercaba un peregrino a la amada ciudad de Jerusalén en su peregrinación, mayor era la alegría en su corazón, hasta que por fin podía cantar: “Nuestros pies estuvieron dentro de tus puertas, oh Jerusalén. Jerusalén, que se ha edificado como una ciudad en la que está bien unida entre sí. Y allá subieron las tribus, las tribus de JAH, conforme al testimonio dado a Israel, para alabar el nombre de Jehová. Porque allá están las sillas del juicio, los tronos de la casa de David. Pedid por la paz de Jerusalén; sean prosperados los que te aman” (Sal. 122:2-6).

El júbilo del pueblo cuando el Señor entraba en Jerusalén era ilimitado. Ellos estaban impresionados por el pensamiento: ahora Él viene, Jesús el “Hijo de David”. Ahora se levantarán el trono y “el reino de nuestro padre David”.

Sin embargo, este Rey no vino para tomar y conquistar el palacio de los gobernantes, para sentarse en el “trono de la casa de David”. No, este rey debía ser “levantado” de otra manera, sobre el “trono de la cruz”. Este Rey no quería conquistar con brillo y gloria los reinos y tronos de este mundo. Él vino para conquistar *corazones de personas* a través de su sufrimiento y la muerte. Este *trono*, el centro de la personalidad del hombre, quiere conquistar hasta el día de hoy, y levantar ahí su gobierno de amor y humildad. ¡Qué misterio!

Profundizemos en el singular amor de nuestro Señor y leamos en actitud de adoración Jn. 3:13-18; 1.Jn. 4:9,10,19.

“¡Oh profundo amor de Cristo, vasto inmerecido don!

Cual océano infinito, ya me inunda el corazón;

me rodea, me sostiene la corriente de su amor,

llévame continuamente hacia el gozo del Señor.

(Alabanza cristiana)



Día 2

Marcos 11:1-6; Mateo 21:1-5

Este párrafo nos muestra a Jesús como el Mesías verdadero:

- Por la certeza del Espíritu Santo Jesús anuncia que sus discípulos encontrarán un animal para montar para Él. Ellos experimentan que sus palabras se cumplen (Mr. 11:4).

- Al mismo tiempo con este suceso se cumple una profecía del Antiguo Testamento (lea Gn. 49:11; Zac. 9:9). Es la voluntad de Dios que el verdadero Mesías-Rey entre en Jerusalén “montado sobre un asno”. La santa voluntad de Dios tenía en la vida de Jesús siempre la mayor prioridad. “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Jn. 4:34; comp. Lc. 22:42; Mt. 6:10).

Hasta en los más mínimos detalles de su vida diaria Jesús buscaba la guía de Dios. Esto debían aprender también sus discípulos. Por eso les dio claras instrucciones. Los discípulos obedecieron aunque probablemente se habrán asombrado por esa tarea extraña. En todas las cosas ellos hicieron “como Jesús les mandó” (Mt. 21:6b). ¿Nos decidiremos también por la confiada obediencia? “Tu salvación he esperado, oh Jehová, y tus mandamientos he puesto por obra. Mi alma ha guardado tus testimonios, y los he amado en gran manera” (Sal. 119:166,167).

- Finalmente la autenticidad del Mesías se demostraba también en Su derecho a requerir algo. Si Jesús “necesitaba” (Mr. 11:3) el burrito, reclamaba su derecho, siendo el Señor de la creación (comp. Sal. 50:1,10). Además se trataba de un animal joven, que no había sido montado antes. Lo nuevo, lo primero, lo aún no usado, debía ser suyo, cómo el Señor desde un principio había puesto su mano sobre todo lo primero de su creación (Éx. 13:1,2).

A Dios no le pertenece simplemente cualquier cosa, sino lo primero y lo mejor: tomemos en serio Romanos 12:1,2.



DÍA 3

Marcos 11:7-11; Salmo 118:25,26a

Sin lugar a dudas, Jesús es el “Rey de Israel” (lea Jn. 12:13; 18:33-39; Sof. 3:15). A esto señalan los vestidos extendidos, las ramas verdes y los gritos de júbilo. Todos son señales de respeto y de honor, que se unían con la esperanza de la salvación de Israel de todos sus enemigos y por el levantamiento del reino de paz.

Ya Salomón, el poderoso rey de paz, había dejado en Israel una permanente impresión: “Así excedía el rey Salomón a todos los reyes de la tierra en riquezas y en sabiduría. Toda la tierra procuraba ver la cara de Salomón, para oír la sabiduría que Dios había puesto en su corazón” (1.R. 10:23,24). Pero Salomón abusó de su poder. Su corazón “no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David” (1.R. 11:4b).

Sin embargo, Jesús es el verdadero “Hijo de David”, el príncipe de paz en persona, que cumple perfectamente la voluntad de Dios. Jesús es el “Rey de reyes y Señor de señores” (1.Ti. 6:15b; comp. Dt. 10:17). A Él es dada “toda potestad en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18b).

De que Jesús montaba en su entrada a Jerusalén un burrito, señalaba a su manera de ser y su actitud interior, según la cita de Zacarías 9:9. Él no luchaba con armas terrenales, sino con las espirituales, para levantar el reino de Dios (comp. Mr. 1:15; Jn. 18:36).

Este Señor no empleaba su poder para subyugar a los hombres, sino para servirles. Él “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo” (Fil. 2:7; lea Mr. 10:42-45; Jn. 13:3-5).

De acuerdo a esta mentalidad, el Señor *no* tomó el camino a la “sala del trono de los poderosos” de este mundo, sino al “santuario”, donde se encontraba el “trono de Dios”. Jesús estaba decidido a abrir el camino a la santa presencia de Dios. (Lea Mt. 27:50-54; He. 1:3; 4:16.)



Día 4

Marcos 11:11-15

Después de haber mirado todas las cosas en el templo, Jesús caminaba con sus doce discípulos a Betania para pasar la noche allí. A la mañana siguiente volvió con sus discípulos a Jerusalén.

Los siguientes sucesos dan el sentido de la inspección del templo del día anterior: al Señor le importa la casa de Israel, que era simbolizada en la higuera, y la casa de Dios, como el templo. La higuera no lleva fruto, y el templo se corrompió, llegando a ser una “cueva de ladrones” (v.17b). Aparentemente Jesús vio que el tiempo había llegado para anunciar a su pueblo el juicio de Dios por su infructuosidad espiritual y su permanencia en pecado.

Pensemos primero en la higuera. Cuando Jesús llegó al árbol, no halló nada, “sino hojas”. Se nos dice específicamente que en este tiempo no podía haber frutos. Entonces, ¿el actuar de Jesús no es injusto? Pero Jesús se refiere por la situación de la higuera al estado espiritual de su pueblo, que no se corresponde a lo que Dios espera. Por eso efectuó en él una señal profética: Como el árbol infructuoso consecuentemente tenía que secarse, así el juicio de Dios alcanzará a Israel, porque rechaza a su Mesías y por eso no trae fruto para Él. Sin embargo, con este acto Jesús no condenó al pueblo de Israel ni de manera general ni para siempre jamás (lea Jer. 31:31; Sal. 94:14; Ro. 11:1,25-29).

Nosotros sabemos: el que cree en el Señor Jesucristo como el Crucificado y Resucitado, no será condenado (Ro. 8:1).

El Señor Jesús también busca entre sus seguidores fruto, “fruto del Espíritu”, que se demuestra en la vida práctica (comp. Gá. 5:22-26; 6:7-10).

Confiadamente puedo pedir al Señor: “Haz dentro de mí lugar para tu Espíritu, para que sea para ti un buen árbol y déjame echar raíces. Concede que yo sea y quede la hermosa flor y planta de tu jardín, para tu gloria” (P. Gerhardt).



Día 5

Marcos 11:15-19; Zacarías 14:21b

“... y vendrá súbitamente a su templo el Señor, ..¿quién podrá estar en pie cuando él se manifieste?” (Mal. 3:1b,2b). David oraba: “¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño. El recibirá bendición de Jehová y justicia del Dios de salvación” (Sal. 24:3-5).

Sin embargo, la zona del templo había degenerado en un negocio con bancos y puestos de venta. Además, se había generalizado el uso de la zona sagrada como atajo, sobre todo si había que llevar alguna carga (Mr. 11:16). Jesús actuó enérgicamente contra esta intensa actividad, expulsando a vendedores y compradores. Él aprovechó el espacio adquirido para proclamar la Palabra de Dios. Esto pone de manifiesto lo siguiente:

- Dios les había otorgado el templo como un lugar en donde le podían encontrar y hablar con Él (comp. 1.R. 8:29,30; Sal. 5:7; 65:4). No es un escondite para que los ladrones se escondan como en una cueva. El templo es el lugar de la revelación de la voluntad de Dios. “Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2.Cr. 16:9a). Preguntémonos: ¿hay algo en nuestra vida que hacemos para guardar las formas externas?

- Desde el comienzo del nuevo pacto se juntan en cualquier lugar de la tierra personas para orar, personas que han confiado en el Señor Jesucristo, su Señor. ¿Nos juntaremos con esta congregación del Señor, que está orando? (Lea Hch. 1:14; 2:42; 12:5; 1.Ts. 5:16-18.)

- Cuando Dios finalice la historia del mundo y de la salvación y otorgue la Jerusalén celestial, entonces estará vigente: “Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero” (Ap. 21:22).



DÍA 6

MARCOS 11:13,14,20-25

La gran consternación del público judío por la purificación del templo tenía su continuación en el círculo interno de los discípulos. Ellos se asustaron profundamente al reconocer que la palabra de juicio del Señor acerca de la higuera infructuosa, se había cumplido. De un día para otro el árbol se había secado. Con esto se declara en última consecuencia que a Jesús le importa el fruto espiritual.

Como a una higuera le corresponde la fruta, así el hecho de llevar fruto para Dios, debía ser lo normal para el pueblo de Israel y también para la iglesia de Jesús del nuevo pacto. Pero este fruto espiritual no crece del “hombre natural” (1.Co. 2:14,15), sino por la fe en Dios.

Por eso el Señor dice: “¡tened fe en Dios!” En Juan 14:1 Jesús conecta la fe en Dios con la fe en el Hijo de Dios: “¡No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí!” A los creyentes una y otra vez se los invita a tener inamovible confianza en el Señor, por medio del cual ellos tienen parte con el gran obrar del Todopoderoso. Pues solo Dios puede “mover montañas” (comp. Sal. 97:5; Is. 49:11; Nah. 1:5).

Sea lo que fuera que nos produce temor y temblor, o si las preocupaciones nos opriman, o se levanten montañas de trabajo, a pesar de todo podemos tener esperanza y expresar nuestra confianza al Señor. “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza. Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios, el santuario de las moradas del Altísimo. Dios está en medio de ella; no será conmovida. Dios la ayudará al clarear la mañana” (Sal. 46:1-5; comp. Is. 54:10; Jn. 11:40; He. 10:35,38,39).



Día 7

Marcos 11:24-26; Mateo 7:7

Después de un culto en la iglesia, un hombre de edad se acercó a uno de los colaboradores y le pidió: “Por favor, ore usted conmigo. Mi fe está muy tambaleante, y esto ya no lo quiero”. ¡Qué paso de valor y de ayuda! Porque en la oración nos unimos y nos conectamos con Aquel, que dijo de sí mismo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18).

Probablemente conocemos este versículo de memoria. Pero, ¡cuán pronto nuestra fe puede tener un contacto flojo, porque el “hilo de contacto con Dios” se ha oxidado o está sucio. Jesús habla claramente de este proceso de corrupción o de suciedad: “¡perdonad, si tenéis algo contra alguno!, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas”.

¡Cuántas cosas podemos tener en el corazón en contra de otros: rechazo, envidia, impaciencia, desvalorización, rencor y amargura, falta de perdonar o permanecer y remover heridas antiguas. Sin embargo, el Señor nos alienta a acercarnos a Dios con nuestra aflicción. La bondad paternal de Dios es suficientemente grande para todas las transgresiones que Él quiere perdonar con todo gusto. Su bondad es siempre válida y fuerte, para sostenernos en las dificultades de la vida. Porque Dios en su bondad y fidelidad se queda conmigo y me sostiene, yo puedo soltar aquello que me tiene preso en descontento y amargura.

Esto ocurre sobre todo en la oración. No podemos orar efectivamente a Aquel, que nos ha perdonado todos nuestros pecados y los perdona cada vez de nuevo, y al mismo tiempo mantener en nuestro corazón envidia, sed de venganza y amargura contra otro (comp. Gn. 45:5; Mt. 6:12,14,15; Col. 3:13).

Reflexionemos: Jesús enfatizó a los discípulos que el cumplimiento de las oraciones no es una recompensa de Dios por un buen trabajo, sino un fruto espiritual, que el Señor otorga a aquellos que confían en Él y le obedecen.

Esto me da aliento y consuelo: Juan 15:7 y 1.Juan 5:14,15.



Día 8

Marcos 11:27-33

Dentro de pocos días Jesús va por tercera vez al templo. Después de la conversación con sus discípulos acerca de la importancia de la fe y la oración (v.20-26) llegó una delegación de primera categoría de los judíos principales para hablar con Jesús. Ellos aún estaban muy conmocionados por los recientes sucesos en el templo (v.18). Respecto a su contenido sus preguntas son buenas. Sin rodeos tocan en seguida el punto principal y demandan una clara respuesta.

Pero, las preguntas no se las puede separar de la mentalidad de las personas. Las buenas preguntas hechas desde un corazón malvado con la peor intención, debían hacerle caer a Jesús en una trampa. Si el Señor hubiera dicho que tenía la autoridad de Dios mismo, lo habrían acusado de blasfemia (comp. Mr. 2:6,7; 3:2,6,22). Si Jesús hubiera actuado en su propio nombre, lo habrían catalogado como fanático religioso y fanfarrón.

Jesús respondió con otra pregunta: ¿Fue el bautismo de Juan por mandato de Dios o por mandato de los hombres? ¡Era obvio! Si Juan fue enviado y autorizado por Dios, entonces Jesús es también el Mesías de Dios. Juan, después de bautizar a Jesús, testificó: “Este es el Hijo de Dios” (Jn. 1:34). Pero si el bautismo de Juan fuera “de los hombres”, los representantes de la autoridad suprema habrían tenido a “todo el pueblo” contra sí mismos (ver Lc. 7:29,30). Además, su propia posición de poder se habría tambaleado considerablemente. La retirada de los hombres en su ignorancia fingida sólo reveló que *no querían* reconocer a Jesús como su Mesías (Jn. 5:40).

El que se cierra a Jesús, quedará preso por el temor a los hombres. “El temor del hombre pondrá lazo; mas el que confía en Jehová será exaltado” (Pr. 29:25; comp. Gá. 1:10; Ef. 6:7,8; 1.Ts. 2:4


